

manera de ser nos hemos equivocado; de todas maneras nuestra buena voluntad nos hace acreedores á la indulgencia de todos, ya que en el *mar* de confusiones en que navegamos, tratándose de este autor, tampoco hay *orillas*.

## PARTE SÉTIMA.

JOSÉ ECHEGARAY.

BIOGRAFÍA.

Nada más justo, ni que más pruebe nuestro deseo de hacer de este libro una obra completa, que, ya que de las producciones de este autor nos hemos ocupado con la suficiente extension y profundidad para que sean conocidas y debidamente apreciadas, nos ocupemos del autor mismo, historiando su vida á grandes rasgos, haciendo notar la índole de su genio, la influencia que en el teatro y en las costumbres han producido sus obras, el estímulo que han despertado, al extremo de formar escuela, á la que están afiliados numerosos sectarios; cuáles sean los principales de éstos y su mision, dado el género que se proponen cultivar y los ideales á que han de amoldarse sus creaciones.

José *Echegaray* nació en Madrid el Juéves Santo de 1832. Cuantas investigaciones hemos hecho para co-

nocer á punto fijo el mes y el dia han sido inútiles; creemos que ni él mismo lo sabe seguramente por lo que, no teniendo delante la fe de bautismo, tendremos que contentarnos con calcular que sería por los meses de Marzo ó Abril, que es la época en que esa solemnidad acostumbra á celebrarse.

Vivió en Madrid hasta los tres años, á cuya edad marchó con su familia á Murcia, adonde su padre iba destinado de catedrático de lengua griega. Allí adquirió los primeros rudimentos de la enseñanza y muy joven aún ingresó en el Instituto, estudiando latin con Soriano, Griego con su padre, Historia natural con D. Angel Girao, y así las demás asignaturas.

Dotado de un talento notable, aplicado, de carácter dócil, activo y laborioso, teniendo excelentes y sabios profesores y estando bajo la direccion de su padre, que no le escasearia los consejos y las máximas morales y escolásticas, no es de extrañar que todos los cursos y en todas las asignaturas obtuviera la nota de sobresaliente, demostrando gran aficion y preferencia al estudio de las Matemáticas, que han sido su sueño de toda la vida. La literatura y el teatro no le merecian en aquella época grandes simpatías; solamente mostraba algun afán por las novelas y por los dramas románticos, teniendo invencible aversion á lo clásico, cuyas excelencias jamás negó ni desconoció su importancia y trascendencia.

A los quince años de edad era bachiller en Filosofía, viniendo á Madrid á prepararse para ingresar en la Es-

cuela de Caminos en el mes de Octubre de 1847. Las Matemáticas fueron su ocupacion constante; tuvo la fortuna de encontrar un profesor de primera talla en D. Angel Riquelme y, bajo su férula, llegó á dominar esta árida y espinosa ciencia. Su aficion á la literatura aumentaba y á pesar de los estudios serios á que estaba dedicado, frecuentaba los teatros, especialmente el del Príncipe y el de la Cruz. El año de 1848 ingresó en la Escuela de Caminos, donde cursó hasta concluir en 1853 con el mismo aprovechamiento que en el Instituto, como lo prueba el haber obtenido el número uno en la promocion correspondiente. Durante sus estudios en la Escuela se dedicó con más ansiedad á las Matemáticas, porque así daba gran satisfaccion y abundante alimento á su inteligencia, y estudió las matemáticas sublimes, como él tan graciosamente dice, con encarnizamiento y ferocidad, pudiéndose decir en vista de esto que «en España no hay quien haya estudiado más á fondo esa ciencia, con la que *Echegaray* llegó á estar identificado y, por decirlo así, vinculado en ella, y cuyo estudio es para él una necesidad y un placer supremos.» Como prueba de lo que decimos, citaremos aquí un episodio de su vida de escolar en el que tomó parte un amigo nuestro muy querido, hombre de los de más valer en inteligencia y direccion que hay en el país, condiscípulo suyo en la Escuela de Caminos, y que él mismo nos ha referido.

Acostumbraba el profesor de Matemáticas de la Escuela á proponer á sus alumnos problemas de los más

difíciles, cuya resolución, dados los problemas los sábados, debía presentarse los lunes á primera hora. En cierta ocasion fué tan intrincado y difícil el problema propuesto, que la mayor parte de los alumnos tuvieron que desistir de resolverlo. Nuestro amigo, que era uno de éstos, dirigióse el día designado para la presentación y ántes de la hora de la clase á la casa de *Echegaray*, con ánimo de obtener alguna luz en la cuestion que como á todos, le ocupaba. Halló á su amigo en su habitación, cerradas las ventanas, alumbrado con una luz mortecina y espirante, sentado en su cama, en un desarreglo particular, con la cabeza inclinada y en actitud pensativa. El ruido que el visitante hizo al entrar, ni su amistoso saludo consiguieron sacarle de su abstracción; contentóse con hacer un gesto expresivo y decir: — «¡Chist!» — De pronto se levanta desnudo como estaba y exclama: — «¡Esto es!» — Y dirigiéndose á un encerado que en frente y cerca de él se hallaba, comienza á hacer números y más números, signos y más signos, hasta que al fin dice á su estupefacto amigo: — «Toda la noche he estado pensando en ese problema, y al fin, mira,» — y le mostraba la forma planteada, la operación practicada, el problema resuelto.

Todavía el instinto literario y dramático dormía en él y solamente se había manifestado en la afición á las obras de cierto género, del que era admirador entusiasta, hasta el punto de no perder un estreno de obras de nuestros primeros, segundos y aún terceros autores. *Echegaray* ha sido siempre muy juicioso, ha cumplido

sus deberes de alumno con exageración y, sin embargo, un día, pero uno solo, se escapó de la Escuela de Caminos y fué para comprar billetes con que asistir al estreno de *El hombre de Estado* del inspirado Ayala.

Al salir de la Escuela en 1853, *Echegaray* había visto muchos dramas y había leído mayor número de novelas francesas, inglesas, italianas, antiguas y modernas, de todas clases, pero aún no había escrito nada literario, ni un verso, pareciéndole cosa imposible para él y no habiendo ni soñado con ser un regular poeta, ni ménos un genio dramático.

Las contingencias de su profesión le llevaron á varias capitales, Granada, Almería y Palencia, alejándole de la corte, donde su genio estaba destinado á brillar en cuantos asuntos emprendiera, y con esto creemos que se retardó, y no poco, el momento en que ensayase sus primeros tímidos vuelos y desplegase al fin sus poderosas alas, lanzándose á espacios adonde ninguno fué osado mirar, y dominando desde allí con su avasalladora mirada los abismos cuyos misterios iba á descubrir más tarde al mundo, que atónito le había de contemplar.

Vuelto á Madrid, por haber sido nombrado profesor de la Escuela de Caminos, donde tan brillantes triunfos había conseguido y donde tan gratos recuerdos había dejado, las obligaciones de su cargo y las tareas que voluntariamente se impuso apénas le dejaban tiempo para nada; en los doce ó trece años que desempeñó su cátedra explicó infinidad de clases: Cálculo infinitesimal,

Mecánica racional, Mecánica aplicada, Hidráulica, Construcción (sustituyendo á Almazan,) Geometría descriptiva y sus aplicaciones, Estereotomía y otras. Por este tiempo se dedicó á la Economía política, á la Filosofía y á otros estudios más ó ménos serios, ó del todo serios, como la Política. Pronunció en la Bolsa y en la Propaganda Libre-cambista discursos excelentes, llenos de profundidad y de doctrina; defendió en el Ateneo la democracia más pura, habló en la Sociedad de Economía política sobre varios asuntos con la misma elocuencia; publicó diferentes artículos en *El Economista*, en *La Razon* y otros periódicos, pareciendo imposible que pudiera dedicarse á trabajos tan múltiples y variados, y al mismo tiempo consagrarse ocho ó diez horas diarias á dar lecciones particulares de Matemáticas y otras asignaturas. Trabajo tan excesivo hubiera estropeado una naturaleza ménos vigorosa que la suya; pero estas lecciones le habrían formado una fortuna á no habérselas prohibido, siendo víctima del despotismo administrativo.

Pidió licencia, que le fué negada; despechado quiso salir de la Escuela y le aseguraron que en ella hacía falta; pudo dejar la carrera perdiendo todos sus derechos, pero las observaciones de sus amigos y su misma razón le aconsejaron renunciar á su propósito; no tuvo valor ni corazón para romper con la obra de toda su vida y siguió en ella siendo necesario y cada día más querido y apreciado de sus profesores y discípulos.

Las Matemáticas le consolaron un tanto y á ellas se

consagró con un fervor de que hasta entónces no habia dado tales pruebas; escribiendo la *Introducción* á la Geometría superior; la *Teoría matemática de la luz*, celebrada en el mundo científico; la *Teoría de las determinantes*; un *Tratado de Termo-dinámica*; unos *Problemas de Geometría*, otros de *Analítica* é infinidad de artículos en la *Revista de Obras Públicas*; escritos que le han conquistado el título de primer matemático español y uno de los primeros del mundo.

Comisionado para estudiar las obras de perforación del Mont-Cenis, y no teniendo ocasión de hacerlo detenidamente, le bastó una brevísima inspección para comprender, ó mejor para adivinar, todo el mecanismo interno de los perforadores, merced á lo cual, y sin sacar croquis ni diseño de ninguna especie, presentó á su vuelta á España una Memoria con la descripción más detallada de este mecanismo, de los trabajos y de los procedimientos empleados en esta empresa.

Nada revela todavía al autor dramático, ni al hombre de letras; sus trabajos literarios están reducidos á algunos discursos políticos, á artículos sobre Economía política y á uno humorístico titulado *El corneta ó una broma de Carnaval* que se publicó en un periódico dirigido por el Sr. Dacarrete. Su afición á la lectura de novelas y al teatro era la misma, pero sin ocurrírsele escribir uno de esos dramas que admiraba como simple espectador, ni siquiera unos malos versos. Hacia el año de 1864 su hermano Miguel, que entónces era casi un niño, escribió una piecicita en un acto y en verso titu-

lada *Cara ó cruz*, que fué muy aplaudida, y asombrándole que siendo tan niño pudiera escribir versos tan fáciles y armoniosos cayó en la cuenta de que no debía ser cosa tan difícil teniendo «un poquito de gramática, otro poquito de imaginación y regular oído musical.»

No dejó la experiencia para más tarde; inmediatamente combinó un terrible argumento que versificó fácilmente. De este modo compuso su primer drama, que no vió la luz, y que consta de cuatro actos, teniendo cerca de cuatro mil versos. Tuvo el buen sentido de no darlo á luz, aunque al pronto todo en él le parecía magnífico, guardándolo para mejor ocasión, propósito en que se afirmó cuando trascurrido un año volvió á leerlo, hallándolo muy inferior á lo que en su primera impresión le había parecido. Pero despertada su afición, y una vez puesto en el carril, no se desanimó por este primer fracaso y escribió su segundo drama, que es el que el público conoce con el título de *Para tal culpa tal pena*, representado en el teatro del Príncipe, después de diferentes tentativas, por haberse ocultado el nombre del autor.

Sin descanso ni tregua escribió á continuación un drama en tres actos titulado *El prólogo de un drama*, que con el aditamento de un epílogo se representó bastante después con el título de *La última noche*.

Aquí hay un paréntesis notable en la vida y en las aficiones de *Echegaray*. La revolución de 1868, lanzándole de lleno en la política, en la que hizo un papel brillante, llegando á ministro, cuya cartera conquistó

con un discurso no de muy buen gusto, pero que causó profunda impresión, le robaron á la literatura y al teatro, hasta que después de 1873 habiendo emigrado á Francia, á la disolución de la comisión permanente de las Cortes, en cuya época le salvó la vida Castelar, como él lo dice con reconocimiento que le honra no ménos que á su salvador, escribió allí y dió á la escena más tarde, á su vuelta á España, *El libro talonario*, con el pseudónimo de Jorge Hayaseca. Después de esto ha seguido escribiendo para el teatro, y una tras otra, en el corto período de siete años, el público ha aplaudido esa serie de obras que empieza con *La esposa del vengador* y acaba con *Mar sin orillas*. Esta es, contada á grandes rasgos, la vida de *Echegaray*, de ese hombre cuyo genio admiran todos, amigos y enemigos, y que en pocos años ha sabido colocarse á una altura á que pocos consiguen llegar.

Habría extrañado á muchos esta docilidad y sumisión de su talento para aplicarse á los objetos y materias que su voluntad enérgica imperiosamente le indicaba; pero esta extrañeza cesará cuando les digamos que el talento de este hombre era universal, flexible y apto para todo. Mejor que cuanto pudiéramos decir en confirmación de nuestras palabras lo probarán los dos episodios de su vida que vamos á referir, y de cuya autenticidad casi nos atrevemos á responder.

Tratábase en cierta ocasión, en una Sociedad en la que él se encontraba, del arte de la esgrima y en particular del tiro del sable, de la espada y del florete. *Eche-*

*garay* jamás hasta entónces habia tomado un arma, por lo que se vió en la precision de no terciar en el asunto que se discutía. Pero al día siguiente se presentó en casa de un profesor muy acreditado en demanda de lecciones; dióselas éste desde el momento, y de tal manera supo aprovecharlas, que á los tres meses disputaba la superioridad á su maestro, al que *tocaba* repetidas veces en los *asaltos* particulares que con él sostenía, causando la admiracion de los peritos y aficionados que los presenciaban.

En otra época, hallándose en el saloncillo del Príncipe con varios de sus amigos, entre los que se hallaba un ilustre filósofo que no creemos conveniente citar, oyólos discutir sobre filosofía alemana, sin poder tomar parte en la discusion, porque, aunque algo se le alcanzaba de las razones expuestas en pró y en contra de la tésis que se debatía, no se determinaba á manifestar la suya por temor de ser tenido por jactancioso. Disputaban sobre la posibilidad de hacer un estudio detenido de la filosofía krausista en un período de tiempo relativamente corto. *Echegaray* escuchaba en silencio, y concluida la discusion acarició el propósito de probar materialmente y en sí mismo que nada hay difícil ni largo cuando se tiene un talento superior y una voluntad á toda prueba. Desde aquel día se dió tal maña y trabajo á estudiar aquella filosofía en las fuentes mismas de que emanaba, en los autores alemanes, que dos meses despues y en presencia casi de los mismos de la otra ocasion desplegó tal caudal de conocimientos en el

asunto, tal profundidad y discernimiento, que los que le escuchaban quedaron sorprendidos, confesando que *Echegaray* sabía más que todos ellos y felicitándole por su talento y actividad.

*Echegaray*.— Su genio. — Sus sectarios é imitadores. — Su mision.

El genio de *Echegaray* es una mezcla de sublimidades y absurdos. Violento, impetuoso, indomable, tenaz, ama la independencía y aborrece las trabas; desea ancho campo en que desarrollar sus concepciones y se rebela contra todo lo que pretende limitar su esfera de accion; su carácter más distinto es ser universal, su norma la inflexibilidad; gusta de caminar en línea recta y derecho á su objeto, y una vez disparado, puesto en accion, no teme abandonarse á merced de la fantasía, se entrega con placer á la inspiracion; convencido de su poder, le parece más conforme á su fuerza señalar nuevos derroteros al arte que marchar dócilmente por los antiguos; lo nuevo, lo original le entusiasma; lo maravilloso le anima; lo excepcional le alimenta, y poniendo á contribucion todos los elementos conocidos, los mezcla, los amasa, los confunde, los amolda á sus ideales, y los presenta transformados, distintos, otros. Es un genio creador, profético, intuitivo, revolucionario, y al mismo tiempo grande, poderoso, brillante y devorador.

Con estos caracteres el acierto es muy problemático;

la irreflexion se echa de ver en todas sus obras, que no son el fruto de la meditacion, sino del genio, y aunque llevan impreso su sello, abundan en errores, pareciendo que en su concepcion, como en su ejecucion, se ha procedido á saltos, acertando á veces, errando otras, desvariando las más, pero siempre llegando al fin, aunque despues de una marcha dificultosa y llena de obstáculos y peligros.

El genio de *Echegaray* le arrastrará siempre, tal vez adonde no quiera ser conducido, porque es más fuerte que él y más poderoso que la crítica que censura y condena sus desaciertos; pero, si un dia *Echegaray* halla en el estudio, en la observacion y en la práctica un freno para sujetar sus demasías, ese dia habrá conseguido un triunfo, tanto mayor cuanto que su enemigo está dentro de sí mismo y hay que abatirlo sin humillarlo, hay que reducir sus fuerzas sin agotarlas. Miéntras esto no suceda, asombrará y cautivará con sus creaciones, pero éstas no serán perfectas; miéntras *Echegaray* se deje llevar de su genio, sin intentar refrenar sus ímpetus, su teatro tendrá una vida brillante, pero acaso efimera, y si es durable, la fama que acompañará á su nombre estará siempre empañada por estos excesos de su mismo genio.

Pero ¿puede *Echegaray* realizar lo que tan fácilmente pedimos desde las páginas de este libro? ¿No es más bien de creer que sin el brillo de su genio, no tendríamos ocasion de lamentarnos de haber sido deslumbrados? ¿No es posible que despojado de él, ni su talento,

ni su inspiracion serían bastantes á producir tantas y tan variadas maravillas? Estas preguntas dejarían á cualquiera en suspenso si no tuvieran ya cumplida y satisfactoria contestacion. Nunca se ha visto que el fundador de una escuela, el inventor de una teoría filosófica, de un procedimiento científico haya sido el que la haya perfeccionado y llevado á completa ejecucion; desde que Guttenberg inventó la imprenta hasta nuestros dias, ¿cuántos hombres estudiosos no han ideado mejoras é innovaciones que han hecho de aquel invento un dón tan precioso; por cuántas transformaciones y variantes no ha pasado hasta ser lo que es en la actualidad? Toda idea beneficosa, todo pensamiento bueno, toda intencion noble necesita, para ser planteada, el concurso de muchos; uno sólo es impotente para llevarla á cabo cumplidamente y es bastante exigirle el haberla producido; despues vienen sus continuadores, sus sectarios, sus imitadores, que la admiten, la acogen con cariño, con fe, con entusiasmo, la hacen suya, ó mejor se hacen suyos, la perfeccionan, aumentan sus alcances, sus trascendencias y realizan lo que en un principio sólo fué proyecto bien combinado y bajo buenos auspicios iniciado. Eso precisamente es lo que ha sucedido á *Echegaray*; él ha creado una dramática nueva, brillante, enérgica y maravillosa: de asentarla y perfeccionarla se encargarán los otros; él ha hecho bastante dando la pauta, el molde, creando los nuevos ideales; sus sectarios completarán la obra.

Los hay entre éstos que han comprendido lo inmenso